

el mundo de...



ALFONSO PASO

Por **MARINO GOMEZ-SANTOS**

GRAVINA, 10. Abajo hay una peluquería de señoras con fotografías de peinados superferolíticos, pegados en la luna del escaparate. La casa hace esquina a la plaza de Chueca, tan madrileña y a la vez un poco francesa. En el tercer piso vive Alfonso Paso.

—No le hagas caso al perro, que está histérico perdido. No le mires, porque entonces estarás perdido.

Alfonso Paso le abre la puerta de un salón para que entre el perro.

—«Justo», haz el favor de quedarte ahí.

Le digo que cómo lleva ese nombre el perro.

—Justo es el personaje de mi comedia «Un ladrón como es debido», que estrené Alfayate. Pasa conmigo a la cocina, que voy a enseñarte los gatos.

En la cocina, la cocinera escribe una carta con bolígrafo.

—Puedes seguir, puedes seguir...

En la cocina hay cuatro hermosos gatos siameses y uno persa que son auténticos ejemplares de exposición.

—También los gatos tienen nombres de personajes de mis comedias; «Abelardo», de «Una bomba llamada Abelardo»; «Veneno», de «Veneno para mi marido»; «Juicio», de «Juicio contra un sinvergüenza», y «Chatovsky», de otra de mis comedias. El gato persa se llama «Dalí»; pero todos le llamamos «Persa».

Salimos de la cocina, y Alfonso Paso me lleva hacia el pasillo con intención de mostrarme alguna otra curiosidad.

—Este es el cuarto de las niñas, que se llaman Paloma, en honor a Madrid, y Rocío, en honor a Andalucía.

En la habitación hay dos graciosas literas, con

muchas cretonas de alegres estampados y escalera de madera.

—Esa jaula es la de los dos periquitos. Uno se llama «Justo» y otro «Carlos», que son los nombres de dos personajes de «Los pobrecitos».

Con estas presentaciones empezamos a estar ya centrados en la entrevista. Advierto en seguida

ya no son de este mundo; pero que en aquel tiempo eran dueños de una juventud arrolladora, disparatada, graciosa, y que ahora están con la imagen retenida entre cuatro alfileres gordos como mariposas disecadas.

Las artistas, cuando se retiran, tienen esa nostalgia de los camarinos en los que pasaron la

“Mi madre estrenó “La cabeza de Bautista”, de Valle-Inclán, que fue donde la vio por primera vez mi padre. Había sido primera actriz de Morano y Enrique Borrás”

que dentro de este piso, sin cambiar para nada la decoración, podrían representarse algunas de las comedias de Alfonso Paso. ¿Viven los autores en un ambiente semejante al que llevan a la escena en sus comedias? Creo que sí, o que, al menos, se aproximan. También las actrices, los actores, las vedettes, los cantantes de ópera y algunos artistas más que tienen relación con los escenarios procuran siempre que su casa sea la continuación de su mundo profesional.

He tomado café en los gabinetes de muchos artistas. En el de Raquel Meller parece como si se hubiese parado el tiempo en la posguerra del 14. Nos miran desde las paredes, con sus semblantes tristes y amarillentos, personajes que

mayor parte de su vida y en los que se vistieron muchas veces para salir en busca del éxito.

En las casas de los toreros también hay esas nostalgias: retratos en traje de luces, monteras en vitrinas, toros en bronce de Benlliure, carteles con picadores.

Alfonso Paso está impregnado de ambiente teatral por los cuatro costados de su vida. Su padre, autor; su madre, actriz.

Nace en Madrid el día 12 de septiembre de 1926 en la calle de Apodaca, número 9. En España está entonces la Dictadura del general Primo de Rivera. Su padre tenía en cartel aquel 12 de septiembre una obra en el teatro de la

SIGUE



Comedia: «Tío de mi vida», que interpretaban Valeriano León y Aurora Redondo.

—Yo soy madrileño casi por accidente, ya que estuve a punto de nacer en Bayona de Vigo, donde mis padres estaban veraneando.

Es domingo por la tarde. Alfonso Paso acaba de levantarse de la cama. Todavía despiden un perfume conocido de la loción del afeitado. Está envuelto en un batín negro.

Como pasamos al comedor, donde está la mesa puesta, le preguntamos que si aún no ha almorzado, pues son las cinco de la tarde.

—No; ésta es mi hora de los domingos.

El perro «Justo» aparece dando volatinas sólo con el único objeto de que nos fijemos en él.

—No mires, haz el favor. Tú como si no le vieras, que si no, ya verás cómo tenemos que irnos a otro sitio.

Alfonso Paso empieza a tomar el consomé como una señorita en el restaurante de una estación cuando se le acerca un señor y le dice que si el asiento de enfrente está ocupado.

De pronto, el perro coloca las dos patas delanteras en el mantel y ya no es posible disimular.

—¡«Justo»! ¡Será histérico el perro este!... Márchate ahora mismo, que no te vea... ¡Vamos!...

Le abre una puerta para que pase.

—Mi padre era granadino, del barrio de las Angustias; mi madre, catalana, del Paralelo: mezcla explosiva, porque está en ella el delirio andaluz y el rigor cartesiano catalán.

Su madre, Juana Gil Andrés, había sido primera actriz de Morano y Enrique Borrás.

—Di que mi madre estrenó «La cabeza de Bautista», de Valle-Inclán, que fue donde la vio por primera vez mi padre.

Aquella casa de la calle de Apodaca era muy de los felices años veinte, con pasillo larguísimo y habitaciones que empezaban a ser muy pequeñas.

—Mi madre, como todas las actrices que se retiran, no olvidaba del todo el teatro, y siempre sacaba fotografías de sus grandes éxitos.

Alfonso Paso almuerza con coca-cola. Después se toma un café y enciende el primer puro del día. Es un puro de marca conocida, habano, de los que fuman los autores con éxito y los empre-



Yo acompañaba a mi padre, para quien entre sus múltiples hijos fui el preferido

sarios. Alfonso Paso también tiene aire de empresario, quizá porque lleve chaleco, cortija y bigote.

—Mi padre trabajaba en casa desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche durante todos los días de su vida. No recuerdo que faltase a su costumbre ni un solo día. Por esta razón yo he sido un niño que estaba acostumbrado ya a jugar en voz baja para no molestar a papá.

Le pregunto que si recuerda cómo era el despacho de su padre.

—Sí, era un despacho de estilo español, empapelado hasta media altura con un papel que imitaba cuero. Tenía bargeño y varios retratos dedicados.

—¿De quién?

—El que más me llamó la atención era uno de Celia Gámez en «Las tentaciones», que fue una opereta de mi padre que Celia estrenó en Pavón. También tenía otros retratos de sus amigos Enrique García Álvarez y Carlos Arniches.

Pasamos al despacho, que tiene una biblioteca pequeña, muy bien organizada, porque Alfonso es hombre con método para todas las cosas de este mundo.

—Tu padre ha escrito en colaboración, si no recuerdo mal.

—Sí, porque entonces existía entre los autores una gran generosidad. Por eso se daban tanto las colaboraciones. Había un cuarteto famoso: Arniches, García Álvarez, Paso y Abati. No obs-



tante firmar dos autores solamente las piezas, siempre las hacían entre los cuatro.

Desde que tuvo uso de razón vio pasar por el pasillo de su casa, asomando la cabeza por la puerta de su cuarto, personajes famosos de la vida teatral de aquel tiempo: Arniches, Enrique Suárez de Deza, al maestro Guerrero, al maestro Alonso, y a su padrino, el maestro Pablo Luna.

—Di también que iba mucho por casa Tomás Borrás. Primero había sido un crítico que le daba a mi padre unos palos tremendos.

(Tomás Borrás dice que eso no es exacto, hasta el punto que si no estimase la obra de Antonio Paso, no hubiese colaborado con él.)

Sobre la mesa de escribir de Alfonso Paso había ceniceros, papeles, libros, adornos. Escasamente ha conservado un pequeño espacio para escribir.

—Mi padre fue, como todos los autores de aquella época, popular, tanto por sus virtudes como por sus defectos: por su generosidad, por su simpatía y por su donjuanismo. Mi madre fue siempre una mujer muy dura de carácter, muy arisca. Gracias a ella, que me enseñó a estar solo, puedo hoy estar solo, no sólo muchas horas, sino que días y semanas enteras. A ella se lo debo.

En aquel tiempo el ambiente teatral llenaba la personalidad de los autores, de los actores, y este ambiente se extendía hasta su familia.

—¿Tú participabas de este ambiente?

—Naturalmente. Yo acompañaba a mi padre, para quien entre sus múltiples hijos fui el preferido. Le acompañaba a los ensayos, y por esa razón conocí a todas las primeras actrices, primeros actores y empresarios de aquel tiempo. Recuerdo que algunos me trataban con un enorme afecto: Tirso Escudero, padre; Hortensia Gelabert, primera actriz del teatro Alcázar; Juan Bonafé, Casimiro Ortas...

Los teatros madrileños eran para Alfonso Paso como la continuación de su casa, y su casa como la prolongación de los teatros. No oyó hablar de otra cosa que de comedias, actores, actrices, estrenos, aplausos, ensayos, pateos en «gallinero»...

Así hasta que se incorpora a la vida escolar, que para él debió ser como cambiar de mundo. Su primer colegio se llamaba «Evadla», y estaba en la calle de Sagasta.

—En ese colegio conocí a Alfonso Sastre y a Enrique Cerro, hoy primer galán del teatro Infanta Isabel. Allí estudiamos preparatorio y bachillerato.

Es importante saber cómo reaccionó ante aquel mundo, al que salía por primera vez y, además, de una manera casi violenta, pues antes no había salido de aquel ambiente cargado de humo de cigarros puros y de anécdota teatral.





comienzo a estudiar para ingeniero, junto a Alfonso Sastre.

Pero fracasan al tropezar con las matemáticas, que ahora las que ve ya una le entusiasman y en enorme poesía.

—Luego intentamos periciales de Aduanas, Nuevo fracaso por lo mismo. Finalmente, siempre los dos juntos, empezamos Filosofía y Letras. Terminamos. Sastre se decidió por la rama de Filosofía y yo en la de Historia de América.

Entra en el despacho su mujer, Evangelina Pardiell Poncela, hija del famoso Jardiel. Trae en la mano una selección de fotografías sacadas de esas misteriosas cajas que guardan las mujeres en el fondo de los armarios, donde lo mismo aparecen fotografías que tartas de dulce.

Estas fotografías nos dan cuatro primerísimas versiones de Alfonso Paso cuando no era más que Alfonsito:

Primera. ¿Cuántos meses tiene? Pocos; quizá no

lleguen a formar ni un año. Aparece sentado sobre un cojín en un sofá de rejilla, tan de moda en la época. Está vestido de niña todavía. Le tapa la cabeza un gracioso gorro con un gran lazo debajo de la barbilla. Gorros parecidos los llevaban también las elegantes de la época.

Segunda. Alfonsito Paso con cazadora y pantalón de golf, montado en un gran caballo de cartón piedra, cuyo volumen es superior al del pequeño. Al fondo, un telón de papel pintado con arcos, árboles y flores. Parece un jardín de decoración teatral. Alfonsito está cogido a la brida, mirando a la máquina, muy sonriente.

Tercera. ¿En la Gran Vía? Puede ser. Ahora es el día de su primera comunión, impecablemente vestido de blanco, con el libro de misa en la mano. Se ha detenido para que le tomen la fotografía y aparece como un poco cariacontecido, porque seguramente le miraba la gente.

Cuarta. En la plaza de Colón, de Barcelona, en 1943. Jersey de lana con manga y pantalón largo. Alfonsito ya empieza a ser Alfonso, y es, todavía, un muchacho larguirucho.

—Sigamos con mis estudios. Yo, que he sido pésimo estudiante, al estudiar la especialidad de la carrera me convertí en estudiante modelo. Aparece la otra característica de mi vida: una enorme inquietud por enterarme de todas las cosas.

Termina la especialidad con premio extraordinario en 1951.

Le llega, como a todo español, la edad militar, y va a las Milicias Universitarias, al mismo tiempo que su inseparable amigo Alfonso Sastre, que ocupa también la misma tienda en el campamento de Róbledo.

—¿Cuándo empiezas a pensar en el teatro como autor?

—Mi vocación teatral comenzó a cristalizar al mismo tiempo que la de Alfonso Sastre, en la época en que estudiábamos la carrera.

Escriben una obra en colaboración: «Residencia Blondell», que no se estrenó nunca. Pero ¿qué escritor de niño no escribió una revista que no

llegó a publicarse jamás? ¿Qué autor teatral no tramó comedias que jamás llegaron a estrenarse, y qué actor no hizo teatro con los amigos del colegio en su casa?

—Después, en la Facultad de Filosofía y Letras, yo dirigía el T. E. U. Traigo por primera vez a España la obra de Tennessee Williams, representando tres piezas suyas en un acto.

✓ Pero durante este tiempo estrenaban con la Sociedad Arte Nuevo, que fue una compañía de creación universitaria, dirigida por José Gordón.

—Yo escribía comedias en un acto. Esta Sociedad era independiente del T. E. U. Era un paso hacia el profesionalismo. Nos presentamos en el Infanta Beatriz con una comedia de Gordón y mía: «Un tic-tac de reloj», y luego se dio otra de Sastre y Fraile: «Ha sonado la muerte». También se dio una de José María Palacio.

Hay que marcharse de esta casa, pues hemos pasado la tarde hablando y el matrimonio Paso tiene que ir a un estreno.

—Alfonso.

—Dime.

—¿Tú vas a ser sincero hablando de tu vida y de tu obra??

Es una pregunta de fórmula, porque Alfonso Paso es un ser a quien no le duelen prendas.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿No me conoces?

Le conocí cuando llegué a Madrid. Iba con un bastón en la mano, si no recuerdo mal. Frecuentaba aquel café —no digo su nombre porque me resisto a hacer propaganda de este establecimiento— en una época en que aún no era este Alfonso Paso de éxitos rotundos y trepidantes. Allí escribía en cuadernos, en los que pegaba, entre el texto, cromos sacados de revistas con hermosas cabezas de perros, gatos, jovencitas, señores con levita.

—¿Vas a contestar a todo cuanto yo te pregunto? Yo quiero que tú hables públicamente de todo lo que dicen de ti, respecto a tu obra.

—No sigas: dicen que yo vivo de los papeles inéditos que dejó mi suegro Jardiel Poncela, cuando todo el mundo sabe que era el rey del «refrito» y que no dejó nada absolutamente. También dicen que cómo puedo escribir y estrenar tantas comedias en una temporada... También dicen que... ¡Bueno!... Mi lema es oír, callar —tanto en los juicios favorables como desfavorables— y seguir escribiendo todas las noches seis cuartillas. Soy implacable.

¿Quién puede negarle talento a Alfonso Paso?

Las conversaciones con este personaje prometen ser interesantes. Y, desde luego, sorprendentes.

En la plaza de Chueca, con luz de gas, los niños juegan al salto, en un ambiente de novela galdosiana, de espaldas a esa realidad que es el Madrid de las grandes avenidas, de los grandes hoteles y de los «partys», donde nuestra sociedad practica sus estudios de inglés.



En el próximo número:

LA LUCHA A CUERPO LIMPIO. EL HAMBRE Y EL FRÍO ENTRAN EN CASA

—¿Cómo reaccionaste, Alfonso? Con rebeldía ante todo lo que estaba viendo y viviendo. Como niño, no me encontraba a gusto con aquella sociedad que veía a mi alrededor. He pensado si no sería por ser hijo natural. Luego lo he razonado y he llegado al convencimiento de que no es por eso. Es que porque en esto, frente a la vida, apuntaba la característica que yo tengo: la enorme rebeldía.

Pero el teatro no por eso iba a olvidarse en mi vida, pues lo llevaba ya en la masa de la sangre. En ese colegio de la calle de Sagasta escribía en colaboración con Alfonso Sastre pequeñas piezas de teatro.

—De este colegio, Sastre y yo saltamos a otro que había en la calle de Jerónimo de la Quintana, frente al cine Proyecciones, y ahí fue donde estrenamos la primera comedia en una función infantil: «Canto de Navidad», que estaba escrita en colaboración con Sastre.

Termina el período esmaltado de noticias de guerra. Se abre para él un mundo nuevo: su padre se pasa de la comedia a la revista, que es el género que, según parece, da más dinero. Su padre estrena «Una rubia peligrosa» y «Tabú».

—¿Tú ibas a ver las obras de tu padre?

—Sí, desde el escenario. Todo esto me sirve para confirmar mi posición contra aquel mundo teatral: los procedimientos habituales en el teatro eran lo que a mí me irritaba. Yo tuve una poca de niño tonto... de los diecisiete a los veinticuatro años... en que aquellas cosas no me gustaban. Después me he dado cuenta de que muchas obras de mi padre y de los hombres de su género sin inimitables.

Me habla de su afición a la psiquiatría, a la arqueología y a los estudios arqueológicos.

Es difícil seguir el relato cronológico porque Alfonso Paso es hombre de dilatados incisos, quizá porque tiene muchas cosas que decir y sobre las que opinar, porque se le ocurren mil cosas por minuto.

—A mi padre no le preocupaba nada que yo estudiase una carrera. Mi madre, sin embargo, quería que yo estudiase la carrera de ingeniero aeronáutico. Por comp'acerla me matriculo y